

mucha tranquilidad, orden y abstenerse de toda excitación. En el verdadero soldado ruso no se encuentra el tipo petulante ó fanfarrón, orgulloso, con el deseo temerario de exponerse y de luchar ante el peligro, sino más bien la modestia, la simplicidad y el miedo de hallar en la exposición otra cosa que el peligro mismo; éstos son los caracteres que le distinguen.

Yo he visto á un soldado herido en la pierna, que lo que más lamentaba fué el que le hubiesen roto los pantalones de piel de cordero que llevaba; á un guía que, después de haberle muerto el caballo que montaba, le desató la cincha para guardar el aparejo. Quién no recuerda el caso del sitio de Guerguebel, cuando en el laboratorio se inflamó el tubo de una bomba cargada? El oficial dió orden á dos soldados que cogieran la bomba y corriesen á tirarla á un barranco, pero no la dejaron en el sitio más próximo porque allí estaba la tienda del coronel y lleváronla más lejos, por no despertar á los jefes que dormían; entre tanto estalló la bomba y los dos fueron hechos pedazos. Todavía recuerdo que en 1852 hallándome en el destacamento, no sé por qué, un soldado dijo durante el combate que parecía que la sección no saldría viva de él, y todos se le echaron encima sufriendo las iras de sus compañeros por una frase que no querían oír. Ahora mismo, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el pensamiento de Valentchuk, cuando de un momento á otro podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban la grotesca historia de Tchikin sin que nadie recordase el combate último, ni el peligro inminente, ni el herido, como si todos esos hechos hubiesen acontecido en remotos tiempos, Dios sabe cuándo, ó no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que su semblante era más sombrío que de ordinario, que no escuchaban con gran atención el relato de Tchikin, y que él mismo no pretendía hacerse escuchar, sino pasar el tiempo. Maximov se aproximó á la hoguera y sentóse cerca de mí. Tchikin le hizo puesto, calló y quedó extasiado contemplando el humo de su pipa.



XIV

El campamento se duerme...

HABÉIS enviado los ordenanzas al campo para que nos traigan aguardiente?—preguntó Maximov tras un largo silencio.—El sub-teniente dice haber visto al nuestro...

—Qué! Vive todavía?—preguntó Antonov revolviendo la marmita.

—No, ha muerto.

El recluta levantó su cabecita blanca con gorro rojo y mirando rápidamente unas veces á Maximov y otras veces á mí, bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en su manta.

—Por algo le buscaba la muerte cuando esta mañana le desperté en el parque,—dijo Antonov.

—Son tontadas!—dijo Idanov volviendo de lado un gran tarugo que despedía tufo. Todos callaron.

En medio del silencio general oyóse un disparo detrás de nosotros en dirección al campo. Nuestros tambores hicieron la señal y tocaron retreta. Cuando hubo cesado el último redoble, Idanov se levantó de un salto y quitóse el gorro. Todos le imitamos.

En medio del silencio profundo de la noche oyóse un coro armonioso de fuertes voces que decía:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen».

—Es cierto. Hacia el año 45, uno de los nuestros fué muerto en mi pueblo del mismo modo que éste,—dijo Antonov cuando nos hubimos puesto el gorro y sentado nuevamente alrededor del fuego.—Lo llevamos dos días con nuestro cañón... Te acuerdas de Chevchenka, Idanov? Luego lo dejamos cabe el tronco de un árbol.

En esto vimos á un soldado de infantería, con grandes bigotes, que con su fusil y cartuchera se aproximó á nosotros.

—Quién quiere hacer el favor de darme fuego para encender mi pipa?—dijo.

—Enciende, que ahí tienes fuego,—dijo Tchikin.

—Seguramente estabais hablando, paisano, de Darglim?—preguntó á Antonov el de infantería.

—Sí; del año 45... de Darglim...—repuso Antonov.

El infante hizo un gesto con los hombros, guiñó los ojos y se sentó sobre los talones cerca del grupo.

—Sí, allí había de todo,—dijo.

—Pues, por qué lo abandonasteis?—pregunté á Antonov.

—Padecía del vientre el pobre Chevchenka. Cuando estábamos parados divinamente, pero en cuanto comenzaba una marcha, daba gritos desgarradores. Pedía por Dios que lo dejaran. Daba lástima... Y ya comenzaba á inquietarnos visiblemente. Imposible pensar que pudiese gobernar el cañón. Tenía barro en el vientre!...

—Lo peor es que el barro estaba en la montaña Inchiskaia,—observó un soldado.

—Sí, y solamente allá se sentía enfermo. Celebramos consejo con Anachenko, que era un artillero viejo. Aseguró que, en efecto, no viviría mucho tiempo... y él suplicaba que le dejásemos allí. Y así lo hicimos. Allí cerca crecía un frondoso árbol. Pusimos á su lado algunos bizcochos mojados que Idanov tenía porque se los habíamos dado. Apoyámosle contra el árbol, pusímosle camisa limpia, y, después de despedirnos de él como convenía, le dejamos...

—Y era un buen soldado?

—No malo,—contestó Idanov.

—Y qué fué de él?

—Sólo Dios lo sabe,—continuó Antonov.—Muchos de nuestros hermanos murieron allí.

—En Darglim?—preguntó el infante levantándose y sacudiendo la pipa. Luego cerró otra vez los ojos y movió la cabeza.—Me parece que hace más de un año que estoy ausente.

—Y tú, también has tenido licencia alguna vez?—pregunté á Idanov.

—No,—respondió con enfado.

—Va bien eso de tomar vacaciones,—dijo Antonov;—cuando se pertenece á una familia rica, cuando se tienen fuerzas para trabajar, si que resulta agradable ir alguna vez á casa... y allí están contentos de ver á uno.

—Pero cuando no se tiene sino un hermano, para qué ir de vacaciones?—añadió Idanov.—Ya tiene bastante consigo mismo y no se va á ocupar del hermano soldado. Somos malos de mantener después de haber servido durante veinticinco años.

—Y vive?

—Quién lo sabe?

—No le escribes?—pregunté.

—Cómo no? Le envié dos cartas, pero no me contesta. O se ha muerto ó no me escribe por hallarse en la miseria. Para qué ir, entonces?

—Hace mucho tiempo que le has escrito?

—La última carta fué á mi regreso de Darglim.

—Haréis bien en mandar que cante «La bolita». Es la canción predilecta de Idanov,—me dijo Tchikin al oído tirándome del capote.—Algunas veces cuando la canta Felipe Antonitch, casi llora.

Al principio Idanov estaba sentado y casi inmóvil, con los ojos fijos en los carbones, el rostro iluminado por un resplandor rojo que le hacía parecer extraordinariamente sombrío. Luego sus mejillas comenzaron á moverse en violento temblor; por fin se levantó y tendiendo su capote en el suelo se acostó en la sombra. Sea que volviéndose tosiera al acostarse, sea que la muerte de Valentchuk en momento tan triste le emocionara, lo cierto es que al parecer las lágrimas brotaban de sus ojos.

La parte inferior del tarugo que se carbonizaba inflamábase de cuando en cuando iluminando la cara de Antonov con sus bigotes



grises, su cara roja y las condecoraciones que adornaban su capote tendido en el suelo; también iluminaba botas, cabezas, bustos y espaldas. Del cielo caía una grande oscuridad y el aire estaba impregnado de un fuerte olor de humo... Alrededor veíase la claridad rojiza de las hogueras que se apagaban, oyéndose en medio del silencio general el eco de los cantos melancólicos de Antonov. Cuando callaba, se oían tan sólo los suaves rumores de la noche en el campo, los ronquidos de los soldados dormidos, el *cli-ela* de las armas de los centinelas y las conversaciones en voz baja, con fuertes voces de Maximov:

—Segundo relevo! Makatuk y Idanov!

Antonov de pronto cesó de cantar. Idanov se levantó, suspiró varias veces con fuerza y dirigióse lentamente hacia el cañón.

Polikuchka

1860

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO